

COMENTARIOS AL DOSSIER

Movimientos sociales: impasse, nuevos desafíos y escenarios de conflicto

Alejandra Santillana*



Desde hace dos décadas se han escuchado las voces de movimientos sociales contemporáneos inaugurando un período de movilizaciones a lo largo del continente latinoamericano. Eran voces que daban cuenta de una serie de repertorios de acción, movilización de recursos, identidades en movimiento, proyectos societales y nuevos marcos de participación política. La pluralidad de identidades y la disputa de sentidos y significados de la democracia, la igualdad, el carácter de la sociedad civil, las esferas públicas, subalternas y alternativas, así como las demandas alrededor de lo cotidiano, el lenguaje y la memoria fueron planteando nuevas aristas a la perspectiva de clase. Luego de una tendencia en el campo popular marcada por la centralidad en el debate economicista de la clase, el proceso de los últimos veinte años ha abierto la posibilidad de complejizar y descentralizar la idea de clase ligada únicamente a las demandas laborales por tierra o por vivienda. Pero ¿cómo entender este contexto de las últimas décadas?; ¿es un período posindustrial, como lo ubica Touraine (1994), o tiene que ver más bien con un agotamiento de los sistemas de representación política (Salette, 1987)?; ¿son nuevos repertorios de acción colectiva o es el contexto distinto lo que les obliga a generar otras formas de organización y de interpelación a las sociedades latinoamericanas?

Lo cierto es que después de una serie de avances en la construcción de una democracia “desde abajo”, de ciudadanías ampliadas, participación en el contexto de resistencia y dinámica de confrontación a la instauración de un modelo neoliberal –que no solo redefinía el papel del Estado y su vinculación con capitales financieros, bancarios y transnacionales, sino que ubicaba a la sociedad civil como potencial consumidora, cliente o inversora–, algunos de los países del continente entran a un nuevo escenario definido por la llegada de gobiernos “progresistas” a través de elecciones. ¿Cuál es el carácter de estos gobiernos progresistas, que en algunos casos se enmarcan en un imaginario de socialismo del siglo XXI y revolución de tipo milenaria, socialista o ciudadana? ¿Logran abrir nuevos marcos de participación, profundización de la democracia y mejoramiento de las condiciones de vida, justicia social y ambiental? ¿Cómo es la relación con la pluralidad de actores? ¿Están encaminados hacia la superación de desigualdades históricas?, ¿a una reorientación de la economía nacional históricamente concentrada en el mercado mundial y basada en la extracción de materias primas?

Los distintos artículos de este nuevo número de la revista *Resistencia* hacen un recorrido por el contexto actual en el que se enmarcan los procesos de gobiernos progresistas como los de Venezuela y Bolivia, deteniéndose en los nuevos escenarios como posibilidades de configuración de nuevos modelos de desarrollo y de fortalecimiento de la democracia, y abordan la conformación

de una identidad de liberación, como la que se genera en México con el EZLN a partir de 1994, que significó un referente de lucha para el resto de movimientos sociales de América Latina.

En los seis artículos que se recogen en esta sección de la revista, los y las autoras se acercan al debate teórico y político de los movimientos sociales de la región y su relación con los gobiernos progresistas, mostrando, desde distintas entradas teóricas sobre movimientos sociales y acción colectiva, los diferentes quiebres que adquiere la democracia y la vigencia de luchas por la igualdad.

Rescatamos el esfuerzo por nombrar aquellos procesos de la región que han generado innumerables interrogantes y dificultades para su caracterización, por intentar mirar desde la teoría y el análisis de la composición de clase, de apuestas políticas y de ruptura que estos procesos implican; rescatamos, así mismo, la profunda convicción de quienes escriben estos textos para ubicarse en el pensamiento crítico y una honesta postura política sobre los marcos de expectativas y esperanza que tanto actores organizados como gobiernos progresistas han propuesto para el continente. Es importante para los espacios de investigación y de reflexión que se van construyendo, que nociones y categorías tradicionales del pensamiento marxista o crítico sean puestas en debate. Es por eso que es necesario plantear algunos enfoques y miradas que han sido dejados de lado y que podrían matizar el debate aquí formulado.

Creo que, en efecto, estos momentos instaurados en la región son sumamente complejos y que ciertos elementos, estrategias y discursos nos confunden y hacen nuestros análisis más difíciles. Si, además, sumamos la urgencia política y teórica que tenemos para comprender y nombrar los escenarios, la identidad de sus actores y los intereses a los que se articulan, la posibilidad de mirar se hace más angustiada. Quizás sea preciso recoger categorías construidas en procesos de investigación y diálogo de espacios que se declaran, honestamente, en un momento complejo desde el cual lo innombrable, el *impasse*, es el elemento que organiza lo que transcurre en la región. El *impasse*, dicen los compañeros y las compañeras del colectivo Situaciones, es un concepto que nos permite comprender la situación política contemporánea como un tiempo en suspenso, en construcción: “el *impasse* es sobretudo temporalidad ambigua, [...] coexisten elementos de contrapoder y de hegemonía capitalista, según formas promiscuas difíciles de desentrañar” (Situaciones, 2009). Al ser la ambigüedad el rasgo que caracteriza la época, su concreción es doble: es tiempo de crisis sin desenlace visible y es escenario donde se superponen lógicas sociales heterogéneas que suspenden la relación de fuerza permanente de la correlación de fuerzas. Esta noción en construcción colectiva podría estar articulada al análisis de dialécticas ya propuestas por teóricos como Andrés

Guerrero que las utilizan para mirar el hecho colonial. Me pregunto si el *impasse* no podría ser más provechoso como categoría analítica, si estuviera ligado o en tensión y diálogo a una dialéctica propia de la pervivencia de estructuras y relaciones coloniales, como la dialéctica de la reproducción y superación del sistema de dominación. Guerrero nos decía, a comienzos justamente de estas décadas de movilización, que la dinámica que se hacía carne en la continuidad de relaciones coloniales y de un sistema de dominación era el reconocimiento y la negación de otras sociedades distintas a la hegemónica; era, por lo tanto, una relación dialéctica entre la perpetuidad del sistema y su constante superación como parte del momento fundacional. Me atrevo a sostener que quizás sería más precisa, si miráramos los nuevos escenarios bajo esas dialécticas y bajo la posibilidad de la ambigüedad en la caracterización de nuevos contextos o de los elementos existentes de los movimientos sociales contemporáneos.

Por otro lado, es curioso abordar el dilema pluralidad-fragmentación, identidad única o hegemónica-unidad; la multiplicidad de identidades, demandas y apuestas de los actores no es condición para que se produzca la fragmentación. Como señalaba Gramsci, la posibilidad de ser poder pasa por la construcción de un bloque histórico en donde la multiplicidad de fuerzas populares o, podríamos llamar ahora, de actores, logre intercambiar visiones de mundo, luchas; compartir demandas, perspectivas, proyectos políticos; identificarse y construir un lenguaje común, colectivo. Es, entonces, ese bloque histórico lo que sigue pendiente en la región.

Esta reflexión gramsciana nos remite a un último elemento: la casi ausencia en este número de artículos que miren el desafío de la construcción de nuevas identidades que no son subordinadas a la contradicción de clase, y que corresponden a una pluralidad de actores que demandan la urgencia de pensar el campo popular de manera más amplia y sin sobreponer o hegemonizar una identidad

o una contradicción sobre otra; no solo porque es importante complejizar la realidad para no ocultar dominaciones históricas, sino porque estas voces permiten el fortalecimiento de espacios políticos desde abajo, cuando ubican el poder como relaciones presentes en todos los niveles de la vida, redefiniendo lo público y privado, lo trascendente y subordinable. El feminismo y la ecología son necesarios para la descolonización de nuestros Estados; es a partir de la democratización, desmercantilización y descolonización que el Estado –como bien sostienen los compañeros bolivianos de Comuna– puede diluirse; es, entonces, urgente incluir categorías de análisis y posiciones metodológicas para comprender el campo popular y los escenarios de nuevos gobiernos progresistas.

Referencias bibliográficas

- Colectivo Situaciones, *Conversaciones en el impasse*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2000.
- Salete Caldart, Roseli, “Los movimientos sociales y la formulación de una nueva pedagogía”, en Jorge Osorio y Luis Weinstein, edit., *La fuerza del arco iris*, Santiago, CEAAL, 1988.
- Touraine, Alain, “Los movimientos sociales, ¿objeto particular o problema central del análisis sociológico?”, en *El retorno del actor*, Buenos Aires, Eudeba, 1987.

Notas

- * Socióloga por la Universidad Pontificia Católica de Quito, militante de la Casa Feminista de Rosa, ha escrito varios artículos sobre movimientos sociales y movimiento indígena.